Final

El budismo zen es una tradición de despertar existencial que se remonta al Buda Shakyamuni. Su práctica central es la meditación zazen. Para el zen, la causa principal de la angustia-ansiedad-malestar existencial es la ignorancia, que puede ser considerada como un error cognitivo, una percepción deformada de la realidad o una disociación óntica del ser humano con su verdadera naturaleza y con la naturaleza de la realidad. Para el budismo zen, la gran represión de la mente humana no es el sexo, ni siquiera la muerte, sino la intuición de que nuestro yo-autoimagen es una construcción mental que no tiene realidad en sí.

Gran parte de la historia y de las culturas humanas parecen ser intentos de afirmar este yo-autoimagen y de preservarlo como principio de identidad frente a la acción de la transitoriedad. Las fantasías de inmortalidad, de gloria, de poder y de riqueza son síntomas de la desesperada necesidad del yo-autoimagen de afirmar ante sí mismo y ante el mundo una pretendida realidad, que en el fondo sabe que es inexistente. El yo-autoimagen lucha contra el no-ser del que ha surgido y que

constituye el sustrato mismo de su no-existencia. Para el budismo, el apego a este yo-autoimagen y su compulsión de autoperpetuación constituyen la manifestación principal del estado de ignorancia que es la causa principal de la angustia-ansiedad-malestar.

El camino enseñado por el Buda es un proceso de introspección profunda a través del cual la luz de la conciencia ilumina y deconstruye la fabricación mental de un yo-autoimagen. La práctica de la meditación zazen es el método práctico que, adecuadamente ejecutado, conduce a una muerte psicológica y espiritual en la que el ser se reconcilia con el no-ser y la creencia en un yo autoexistente se disuelve en la realización del ser interdependiente, realización en la que todos los seres vivientes forman parte de una única realidad formada por una compleja red de interacciones.

El conflicto entre el yo que se cree autoexistente y la realidad de su inexistencia se manifiesta de forma especialmente dramática en la actual sociedad basada en la economía de mercado. Los ritos de expiación y de afirmación, los símbolos de inmortalidad que en el pasado proporcionaron las distintas creencias religiosas se han vuelto obsoletos y han perdido su poder de servir como referentes, especialmente a los individuos que habitan en los grandes núcleos urbanos del hipertecnologizado Occidente desarrollado. Un nuevo sistema de valores se ha extendido por todo el planeta reemplazando las viejas creencias religiosas. En apariencia, es un sistema ideológico secular, pero en su dinámica interna reviste un carácter

religioso indiscutible. La economía se ha convertido en teología. El Dios abstracto de las grandes religiones monoteístas adquiere la nueva forma abstracta del Dios Dinero; abstracta, pero con capacidad para convertirse en bienes materiales, recursos naturales, servicios e información. La producción-consumo es el nuevo rito expiatorio. La nueva salvación viene dada por producir más y consumir más. Parámetros matemáticos como el PIB o el IPC se han convertido en los medidores de la nueva virtud. La fe en el Progreso entendido como crecimiento económico ilimitado ha sustituido a la esperanza de vida eterna en el paraíso prometido por las religiones tradicionales para aquellos que perseveran en la virtud.

Como fondo, la exacerbación de la codicia y de la avaricia es el motor de la religión del mercado. La industria del deseo. La aplicación de la psicología conductista americana al servicio del consumo ha puesto a punto el aparato de propaganda y de creación de condicionamientos más universal y eficaz de la historia de la humanidad. La publicidad, el *marketing* y los medios de comunicación al servicio de los valores del mercado someten sin cesar las conciencias a un bombardeo de estímulos y de respuestas condicionados, según el cual la única redención posible hoy día no es otra que producción-consumo, producción-consumo.

La situación creada por la religión del mercado no sería tan dramática si su sistema de valores no pusiera en peligro la existencia misma de la humanidad y los logros alcanzados por la historia de las civilizaciones humanas. La locura de un sis-

tema de vida basado en la producción-consumo genera grandes injusticias y desigualdades, tanto a escala planetaria como en el seno de las mismas sociedades desarrolladas. Y, sobre todo, la capacidad vital del planeta Tierra es insuficiente para sostener el actual ritmo de depredación. Los conflictos sociales, las tensiones, las guerras por los recursos naturales aumentan progresivamente a medida que los recursos naturales, entre ellos el petróleo y el agua potable, comienzan a escasear. Para muchos científicos, el daño causado al planeta es irreversible y solo una desaceleración progresiva de la producción y el consumo puede impedir una catástrofe de consecuencias inimaginables.

El budismo zen no es un movimiento social ni político, sino una vía de transformación individual. No obstante, solo una transformación en el interior de los individuos puede generar el cambio social, político y económico capaz de detener la carrera hacia el abismo.

La vía del zen aporta una sabiduría milenaria, así como una práctica sencilla: simplemente sentarse y sentirse, sentarse y tomar conciencia, sentarse y recuperar la intimidad y la conciencia de sí mismo. A pesar de su aparente simplicidad, la meditación zen es un excelente antídoto contra la alienación.

El sentido de responsabilidad individual es fundamental en el imprescindible despertar de las conciencias. El imperativo histórico nos impulsa a una revolución copernicana, pacífica y contundente, tanto en el interior de los individuos como en las instituciones colectivas.

El consumo responsable, la producción ética, la sobriedad en el estilo de vida, la generosidad y la solidaridad con los demás seres humanos y todas las formas de vida, la recuperación de los más profundos valores humanos, la reubicación de la actividad económica en el lugar que le corresponde como medio al servicio de la felicidad global, y no como un fin en sí misma, constituyen algunos de los cambios que pueden ayudarnos a recuperar el sentido y el propósito de nuestra efímera existencia sobre esta Tierra.

Como recoge la Carta de la Tierra:

> Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro. A medida que el mundo se vuelve cada vez más interdependiente y frágil, el futuro depara, a la vez, grandes riesgos y grandes promesas. Para seguir adelante, debemos reconocer que en medio de la magnífica diversidad de culturas y formas de vida, somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común. Debemos unirnos para crear una sociedad global sostenible fundada en el respeto hacia la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz. En torno a este fin, es imperativo que nosotros, los pueblos de la Tierra, declaremos nuestra responsabilidad unos hacia otros, hacia la gran comunidad de la vida y hacia las generaciones futuras. [...]
>
> Como nunca antes en la historia, el destino común nos hace un llamado a buscar un nuevo comienzo. Tal renovación es la promesa de estos principios de la Carta de la Tierra. Para cumplir

esta promesa, debemos comprometernos a adoptar y promover los valores y objetivos en ella expuestos.

El proceso requerirá un cambio de mentalidad y de corazón; requiere también de un nuevo sentido de interdependencia global y responsabilidad universal. Debemos desarrollar y aplicar imaginativamente la visión de un modo de vida sostenible a nivel local, nacional, regional y global. Nuestra diversidad cultural es una herencia preciosa y las diferentes culturas encontrarán sus propias formas para concretar lo establecido. Debemos profundizar y ampliar el diálogo global que generó la Carta de la Tierra, puesto que tenemos mucho que aprender en la búsqueda colaboradora de la verdad y la sabiduría. [...]

Con el objeto de construir una comunidad global sostenible, las naciones del mundo deben renovar su compromiso con las Naciones Unidas, cumplir con sus obligaciones bajo los acuerdos internacionales existentes y apoyar la implementación de los principios de la Carta de la Tierra, por medio de un instrumento internacional legalmente vinculante sobre medio ambiente y desarrollo.

Que el nuestro sea un tiempo que se recuerde por el despertar de una nueva reverencia ante la vida; por la firme resolución de alcanzar la sostenibilidad; por el aceleramiento en la lucha por la justicia y la paz y por la alegre celebración de la vida.[1]